

Este afecto de los soldados á su jefe y este generoso fin de un príncipe, que no quiere prolongar la guerra civil para evitar estragos, levantan tanto aquellos deplorables y maldecidos tiempos. Creeríase un reflejo de la antigua virtud que se desliza y brilla entre las vergonzosas orgías de Vitelio y de Nerón para impedir que se desesperara aún del valor y de la abnegación, á la manera que Trasea y

Helvidio impidieron que se desesperara de la virtud (16 abril 69).

III.—VITELIO.

Verginio estaba en el campamento de Brixellum, y los soldados le ofrecieron el imperio; pero él lo rehusó otra vez



Otón (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 19).

y se escapó cuando ellos forzaban su casa. Rubrio Galo fué á llevar, en fin, á Cecina la sumisión de aquellos vencidos tan bravos que sólo cedían por falta de un caudillo que los guiara á la batalla. La alta Italia vió entonces renovarse todos los horrores de las antiguas guerras civiles. El soldado pillaba y los auxiliares germanos, bátavos y galos saciaban á la vez su codicia y sus antiguos rencores. Los jefes, esclavos de sus tropas, no se atrevían á impedir ningún desmán, y se temía á los vencedores y á los vencidos. A cada paso surgían contiendas y riñas que degeneraban en tumultos y sediciones. En Turín las ocho cohortes bátavas estuvieron para venir á las manos con su legión y los pretorianos: la

ter de tribuno de la 13.^a legión. Plutarco vió el sepulcro del príncipe: era sencillo y por todo epítafio tenía: OTÓN.

ciudad lo pagó al fin, viniendo á ser pasto de las llamas. En Pavia, dos cohortes galas fueron exterminadas por sus propios legionarios, y apenas amansado el tumulto, cuando hubo de volver atrás la 14.^a legión á fin de intentar una sorpresa en el campamento de Vitelio. Diéronse buena prisa en alejar aquel cuerpo, que oscilaba siempre entre la sedición y la desobediencia. Se licenció á los pretorianos; se envió á la Panonia la 7.^a Gemina, á España la 1.^a Adjutrix y á sus cuarteles de invierno el resto de los otonianos, corroidos de despecho por su derrota, por el suplicio de sus bravos centuriones y por la despectiva é insultante jactancia de sus rivales: eran pues auxiliares predispuestos para un nuevo pretendiente.

La horrible confusión en que se agitaba Italia había conducido á las provincias que reconocían á Vitelio. En Africa

el procurador de las dos Mauritania había tomado las insignias reales y el nombre de Juba, que recordaba á los moros su antigua independencia. Había perecido en la demanda, pero Cluvio Rufo, que administraba todas las Españas, era acusado de haber querido hacer de aquel importante gobierno su parte de ganancia en aquella perdición del imperio. En Bretaña, los soldados habían despedido á su jefe, y los galos se habían conmovido en una explosión de sentimientos religiosos y patrióticos, que vivían siempre en el corazón de las poblaciones rurales. Un campesino boyo se hacía pasar por dios y se llamaba el libertador de los galos. Una multitud fanática lo seguía, en número de ocho mil hombres, y el movimiento se extendía rápidamente por el territorio edmano.

Los nobles de aquel país que podían llegar al senado y á los honores en Roma, se espantaron de este levantamiento popular, y con ayuda de algunas cohortes vitelianas, dispersaron el gentío y prendieron al jefe, que arrojaron á las fieras. Pero ahitas las fieras no quisieron devorarlo. «Es invulnerable!» gritó el pueblo. Y hubo que matarlo á hierro.

Más cerca aún de Roma, en la Istria, un esclavo fugitivo se daba por un noble romano, obligado por la crueldad de Nerón á buscar asilo en aquel lejano país, y el populacho y la soldadesca se aglomeraban á su alrededor y lo seguían, cuando se descubrió la impostura.

Todo el Oriente, en fin, estaba turbado por la grande insurrección de los judíos, á la cual podían dar de pronto formidables proporciones la vecindad de los partos y los extraños rumores divulgados por aquellas provincias.

Sabido es que Vitelio no era el hombre capaz de contener aquella disolución prematura. Apenas había pasado las fronteras de la Bélgica, cuando supo la victoria de Bedriacum. Desde aquel momento sólo atravesaba las ciudades en carro triunfal y bajaba el Saona en barcos cargados con todo el aparato de los más espléndidos festines. Ninguna disciplina en la gente de servicio; menos aún en los soldados: el mismo emperador se reía de sus robos y violencias.

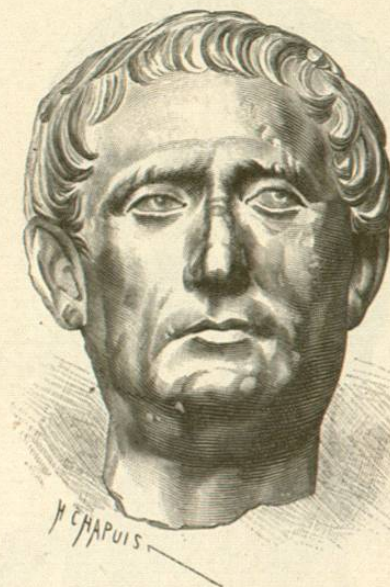
Al llegar á la llanura de Bedriacum, cuarenta días después de la batalla (25 mayo) y viendo que algunos se horrorizaban de los cadáveres ya hediondos, dijo estas palabras que se han repetido en otros lugares y en tiempos no menos calamitosos: «El cadáver de un enemigo huele siempre bien.» Y continuó su marcha hacia Roma á cortas y lentas jornadas, arruinando á su paso las ciudades y los campos, como quiera que arrastraba tras sí menos un ejército que una horda, tan numerosa como indisciplinada y revuelta: sesenta mil soldados, cuya mitad era de auxiliares, mayor número de esclavos de servicio, é histriones y juglares y atletas y carreteros, entre los cuales pasaba los momentos que no consagraba á la orgía y á su pesado sueño.

«En todo el campamento, lo mismo que en el pretorio, dice Tácito, no se veía otra cosa que bacanales mezcladas con asesinatos y clamores.»

A siete millas de Roma, aquellos bárbaros soldados acometieron al inofensivo pueblo, que había salido á recibirlos; y en la ciudad misma, donde su extraño traje, sus largas picas, las pieles de animales con que se cubrían era objeto de curiosidad y de espanto, mataban por una palabra y aun por una mirada.

¿Qué importaban á Vitelio estos desmanes? Los ejércitos de Oriente le habían enviado su juramento de fidelidad y por esta parte no tenía ya inquietud ninguna; ni por lo demás tampoco. Vivía en el circo y en la mesa: para él, reinar no era sino gozar y divertirse. Aquellos tiranos de Roma que se parecen por su facilidad en matar, se distinguen por un vicio dominante: el vicio de Vitelio era innoble, una in-

saciable glotonería. «En el mismo día, dice su biógrafo, se convidaba á comer en casa de varias personas á horas diferentes y ninguno de sus festines costaba menos de 400,000 sestercios. Podía asistir á todas estas comidas y devorar en todas las mesas por el hábito y facilidad de vomitar. El día de su entrada en Roma, le dió su hermano una cena, en que se sirvieron dos mil peces de los más exquisitos y siete mil aves. Pero Vitelio superó estas profusiones con un plato de enorme tamaño que llamaba el escudo de Minerva Protectora (1). En él se habían mezclado hígados de platija, sesos de faisán y de pavo real, lenguas de fenicópteros, lechecillas de lamprea y otras mil cosas raras y dispendiosas que algunos trirremes habían ido á buscar desde el Ponto Euxino hasta el estrecho de Hércules. Su glotonería no podía



El padre de Trajano (M. Ulpio Trajano) (2)

contenerse ni aun en los sacrificios y se comía en el mismo altar la carne y las tortas que cocía el sacerdote.»

En pocos meses, añade Tácito, se engulló 900 millones de sestercios. Pero legó su nombre á ciertos manjares, que todavía en tiempo de Dion se llamaban vitelianos.

En cuanto al gobierno, esto era cosa de Cecina y Valente, hacía ya tiempo rivales, ahora enemigos, y uno de ellos ya traidor. Vitelio les había subido al consulado para los meses de setiembre y octubre del 69, año consular por excelencia, pues contó quince cónsules. Hecho este nombramiento y encargados sus dos generales de los negocios civiles, le pareció que había llenado sus funciones imperiales y que no había más que entregarse á sus hábitos y aficiones. Aquel hombre gordinflón tenía el temperamento flojo y fácil de esos hombres que gráficamente llamamos bonachones, lo cual no obsta que sean viciosos y á veces hasta criminales. En su marcha á Roma había salvado de la cólera brutal de sus soldados más víctimas que les había abandonado: después de la victoria perdonó al hermano de Otón y á Suetonio Paulino que había batido sus fuerzas en la jornada del campo de los Castores; y más adelante, en el momento más crítico, teniendo en su poder á un hermano, á un hijo y á un sobrino de Vespasiano, respetará igualmente su vida.

(1) Esta fuente era de plata y se conservó hasta Adriano que la fundió (Dion LXV, 3).

(2) Busto de bronce, hallado en Servia y existente en el museo de Belgrado.

Lo que había sido en el campamento lo fué también en la ciudad. Deseaba popularidad y la buscaba, pero por medios bajos é indignos: en el teatro, aplaudía con el populacho; en el circo sostenía á los aurigas que merecían el favor de la plebe; en el senado, adonde iba sin necesidad, ni su porte, ni su lenguaje, ni sus maneras parecían de príncipe, sino de soldado y grotesco. Locuaz, no elocuente, pronunciaba largos y descosidos discursos y mantenía vivas discusiones en que comprometía siempre la dignidad imperial. Una vez que Helvidio Prisco lo envolvió en la discusión, llamó á los tribunos en auxilio de su autoridad menospreciada. A la salida, algunos senadores procuraron templar su cólera. «¿Es cosa tan nueva, les dijo, que dos se-



Tito joven (1)

nadores difieran de opinión?» Fué un recuerdo impertinente. Dion lo alaba, sin embargo, por no haber confiscado los bienes de nadie, ni anulado los testamentos de los amigos de Otón.

Sus maneras campechanas no le impedían tomar á veces hábitos imperiales. Un magnate que le era sospechoso, Cornelio Dolabela, fué asesinado en su misma cama; más tarde obligó acaso á otro, á Junio Bleso, á envenenarse. Suetonio dice que para saldar sus cuentas con sus acreedores, les dió muerte (2). Uno de ellos creyó poder salvarse diciendo: «Te he nombrado mi heredero»; revelación imprudente que le hubiera costado la vida si no estuviera ya condenado á muerte. Vitelio abrió el testamento y vió que tenía que compartir la herencia con un liberto: mandó matar al testador y al coheredero y así lo heredó todo, y desde luego. Dos hijos solicitaban el perdón de su padre: Vitelio mandó ejecutarlos á los tres.

En aquel tiempo eran los adivinos personas de importancia: se consultaban cuando no se era nada, y naturalmente,

(1) Busto colosal del museo de Nápoles.

(2) Dion dice solamente, y es lo más verosímil, que los obligó á entregarle los títulos de sus créditos (LXV, 5).

se proscribían cuando se llegaba á ser todo. Vitelio ordenó que los de Italia salieran de la península antes del primero de octubre. Los adivinos huyeron unos y otros se ocultaron, pero dejando tras sí un edicto á su manera:

«Salud á todos, decía el chusco edicto. De parte de los caldeos se prohíbe á Vitelio estar en ninguna parte del mundo para las calendas de octubre.»

De orden del emperador fueron ejecutados todos los que pudieron ser habidos. Fué responder muy duramente á la chanzoneta; pero el verdugo solía hacer su papel en las faccias imperiales, y no faltaban gentes que celebraran el chiste.

Ved adónde había venido á parar el imperio en el espacio de medio siglo desde la muerte de su fundador: en Roma costumbres inmorales y sanguinarias; en los ejércitos completa indisciplina; en las provincias dudosa fidelidad; en todas partes relajada la administración; las ciudades renovando sus rivalidades á favor de las revoluciones; y huyendo la paz que Augusto había consolidado, y sin defensa las fronteras que había guarnecido, y en una palabra, todo el edificio que con tanta labor y asiduidad había levantado amenazando ya ruina sobre todo el mundo.

Tan rápida desorganización era inevitable con una constitución que lo hacía depender todo de la voluntad de un hombre. Esta vez el exceso del mal trajo por algún tiempo una reacción saludable: al glotón que mancilla la púrpura de Augusto va, en fin, á suceder un verdadero príncipe; y había tanta vitalidad en aquel poderoso Estado, que volverá á encontrar el reposo y la tranquilidad en cuanto una mano hábil y firme tome sus riendas. Vespasiano va á renovar el reinado de Augusto; y Tito, Trajano, Adriano y los dos Antoninos lo continuarán, sin garantías para el porvenir, es verdad, porque lo dejarán todo aun al azar, á la fuerza; pero haciendo de sus reinados la época más feliz de la humanidad.

La sucesión de los emperadores muestra cuán rápidas habían sido la decadencia y destrucción de la aristocracia romana, bajo la doble acción de los vicios y de la ley de lesa majestad. No se encuentra ya en los altos cargos, en otro tiempo su dominio; y como son advenedizos los que suministran caudillos al ejército, ellos también van á dar príncipes al imperio.

Después de los Césares, todavía hubo un patricio, Galba; Otón era de una casa real de la Etruria; pero ya Vitelio no es más que de origen ecuestre. Vespasiano era hijo de un aldeano de la Sabinia (3), y estando Italia agotada, como el patriciado, vendrán de provincias los emperadores.

El abuelo de Vespasiano había sido centurión de las legiones de Pompeyo, en Farsalia, y su padre no había ascendido más que el abuelo en el ejército; pero encargado de recaudar en Asia el impuesto de la cuarentena, mostró tal probidad en su cargo, que muchas ciudades le erigieron estatuas con esta inscripción: «Al recaudador íntegro.» Esta nobleza bien valía por la otra. Vespasiano jamás se avergonzó de su origen y se reía de los que le hacían descender de un compañero de Hércules. Ya emperador tuvo gusto de visitar los sitios en que había pasado su infancia, y prohibió que se cambiara nada en la pobre casa en que había nacido, y aun en las fiestas solemnes bebió siempre en una copa de plata de escaso valor, que su abuelo le había regalado.

Quisiera borrar de la historia sus poco dignas deferencias con Calígula; pero bajo un despotismo suspicaz y receloso,

(3) Tito Flavio Vespasiano nació en Falacrine, cerca de Reate (Rieti) el 17 de noviembre del año 9 de J. C. (Suetonio, *Vesp.* 2).

estas involuntarias lisonjas son el precio del rescate de los hombres de bien tímidos. Hízolas olvidar con buenos servicios bajo el reinado de Claudio: legado de una legión durante la expedición británica, se batió treinta veces contra el enemigo, sometió dos pueblos poderosos, veinte ciudades y la isla de Wight.

En méritos de esta campaña, recibió las insignias triunfales, dos sacerdocios y el consulado para los dos últimos meses del año 51.

Nombrado por suerte procónsul de Africa, se mostró en su gobierno íntegro y severo (1), y volvió de su provincia más pobre, ó menos rico que fué á ella; tanto así que consular y triunfador y todo, se vió obligado á hacer el comercio de caballos para poder vivir.

Nerón lo llevó, sin embargo, á su viaje á la Acaya, donde corrió el peligro de perder la vida, por haberse dormido mientras el insensato emperador cantaba. La necesidad que se tenía entonces de un general hábil y de oscuro linaje puso fin á su desgracia. Los judíos habían batido al teniente consular de Siria y cogídole un águila. Muerto Corbulón, y olvidado en su gobierno de la Mesia Suetonio Paulino, hubo de acordarse Nerón de Vespasiano y le confirió el mando de las tres legiones enviadas contra los judíos (fin del 66).

Su primer cuidado fué restablecer la disciplina y para conseguirlo empleó el mejor medio, el de dar en todo el ejemplo de no rehusar para sí mismo ninguna clase de fatigas ni peligros. Donde quiera lo vieron los soldados combatir á la cabeza del ejército, recibiendo muchas flechas en su escudo y una en la rodilla. Sus talentos, la solícita asistencia de su hijo Tito y del padre de Trajano, hicieron lo demás. Vencidos los judíos fueron rechazados á Jerusalén, y en todo el Oriente adonde los griegos habían llevado el odio contra la raza de Abraham resonó el nombre de Vespasiano.

Después de la muerte de Nerón, reconoció sucesivamente á Galba, Otón y Vitelio. Pero cuando leyó á sus tropas el juramento y los votos para este último, hubieron de significar los soldados con su propio silencio que no estaban por aceptar con resignación en adelante á los príncipes que los otros ejércitos les imponían. Y repetían lo que habían dicho muchas cohortes de la Mesia: «¿Por ventura valemos nosotros menos que las legiones de España, que eligieron á Galba, que los pretorianos, que eligieron á Otón, que el ejército de Germania, que ha elegido á Vitelio?» Eran los únicos que en todo el imperio combatían entonces á los enemigos de Roma, y en recompensa de sus fatigas, querían relevarlos de la provincia en que estaban bien hallados para desterrarlos á orillas del Rin, donde encontrarían recio clima y penoso servicio; y esto sin duda con la mira de separarlos de su jefe, para que éste no pudiera cumplir la venganza que al morir Otón le había legado, en nombre de la república, sacrificada como él (2). Corría, en efecto, co-

(1) Suetonio, *Vesp.* I, 4. Tácito (*Hist.* II, 97) parece decir lo contrario. Vespasiano había mostrado ya sin duda en este gobierno severa economía. De aquí aquel tumulto de Hadrumeto, en que le tiraron rábanos á la cabeza, y aquellos enojosos recuerdos (*famosum iniursumque*) que quedaron entre los naturales, mientras Vitelio se hizo querer por su facilidad y sus profusiones. Ello es cierto que Vespasiano salió pobre de su provincia. Suetonio le echa en cara, sin embargo, haber recibido 200,000 sesteracios de mano de un joven agradecido al favor de haberle conseguido la laticlavia. Ya vimos á Burro vender también su valimiento, y desgraciadamente estos manejos practicados en otros tiempos, no siempre hicieron perder al culpable la reputación de hombre digno.

(2) Tácito (*Hist.* II, 80) y Suetonio (*Vesp.* 4-6) dicen que este proyecto atribuido á Vitelio de trasladar las legiones de Germania á

pía de una carta, escrita por este emperador, llamando á Vespasiano en socorro del imperio.

Los jefes de las provincias orientales tenían el mismo interés que sus soldados. Mucio, que mandaba cuatro legiones en Siria, habría podido disputar la púrpura á su colega; pero se hubieran perdido los dos dividiéndose y tuvieron la prudencia de comprenderlo. Fuera de esto, los soldados se inclinaban á Vespasiano. Uno de sus hijos revelaba ya grandes talentos, mientras Mucio, sin familia, no tenía que pensar más que en sí solo: creyó pues más seguro hacer un



Vitelio (3)

emperador, imponiéndole sus condiciones, que procurar serlo él.

Hasta entonces enemigo del comandante de las legiones de Judea, se reconcilió con él y le ofreció reconocerlo por emperador. El prefecto de Egipto, asociado á sus designios, prometió dos legiones: algunos soldados de la Mesia habían puesto ya su imagen en sus estandartes, y se podía esperar que las legiones del Ilírico, vencidas en *Bedriacum*, sin combatir, saludarían al vengador de Otón y de sí mismas.

Se tenían además flotas, numerosos auxiliares, la amistad de Vologeso y oráculos que anunciaban que por aquel tiempo saldría de Judea un dominador del mundo. Un prisionero judío había nombrado á este rey de la tierra: en vida

Oriente disgustaba tanto á los habitantes como á los soldados. Había además antiguos celos entre las legiones de Siria y las de Occidente. Bajo el reinado de Tiberio, fueron las únicas, en todo el ejército, que no habían puesto á Seyano en medio de sus estandartes; las únicas también que á la muerte del príncipe habían recibido una gratificación (Suetonio, *Tiber.* 48).

(3) Estatua de mármol encontrada en Ostia (Museo Campana). Es-camps, *op. cit.* núm. 76.